



BETHLEEM Ó BELEM.

Bethleem, villa de Palestina, en la tribu de Judá, á 8 kilómetros de Jerusalem, se encuentra en una elevacion del terreno, desde donde se domina un extenso valle. Allí vino al mundo Jesucristo; allí se reunieron, junto al recién nacido, los pastores, á quienes un ángel habia anunciado la fausta nueva; allí, en fin, acudieron los Magos de Persia y la India, guiados por una estrella resplandeciente.

Los primeros fieles edificaron un oratorio sobre la cuna del Salvador; pero el emperador Adriano lo hizo derribar y plantó en su lugar un bosque consagrado al culto de Thammuz, el Adónis de los sirios, en cuyo honor se celebraban fiestas profanas. Santa Elena, madre de Constantino, destruyó aquel bosque y levantó una iglesia, cuya arquitectura mixta demuestra las diversas adicio-

nes hechas por otros príncipes. San Jerónimo eligió aquella poblacion para entregarse á la meditacion y á las severas prácticas de la virtud. A fines del siglo VII, cuando el obispo Arculfo visitó la Tierra Santa, la iglesia de Bethleem existia en todo su esplendor, y sus columnas de mármol eran tan bellas, que un Kalifa las quiso trasportar á su palacio. Cuando los cruzados llegaron á la Tierra Santa desde Rama, que fué su primera conquista, marcharon sobre Jerusalem, por Emmaüs; pero Tancredo y Baduino de Bourg, apartándose del ejército, acudieron á Bethleem, donde fueron recibidos como libertadores por los cristianos griegos y sirios de la poblacion, que aún conservaba su soberbia basílica y su gran monasterio. Baduino sustituyó á su hermano Godofredo de Bouillon en el trono de Jerusalem, y

después de una victoriosa campaña contra los infieles, marchó á Bethleem en la fiesta de Navidad, y después de ser consagrado y coronado en el mismo lugar en que había nacido el Redentor, erigió la villa en obispado, y dió al nuevo obispo la soberanía de la población. Bethleem fué conquistado en 1263 por Bibars Bondædari, sultán de los mamelucos baharitas, quien saqueó el monasterio y la iglesia.

Los Evangelios no dicen que el establo en que nació Jesucristo estuviese en una cueva; pero los auto-

res antiguos, de comun acuerdo, lo declaran así. Por San Jerónimo sabemos que la cueva miraba al Mediodía: San Justino y San Eusebio se limitan á decir que estaba fuera de poblado. La cueva santa pertenece hoy á la población.

A un kilómetro próximamente de Bethleem se muestra el valle en que los pastores apacentaban sus rebaños cuando el ángel les anunció el nacimiento de Jesús. Santa Elena había hecho construir en él otro templo, del que sólo se conservan algunas ruinas.

BESCHERELLE.

NOCHE-BUENA.

En estos días en que la Iglesia celebra el nacimiento del Hijo de Dios, y que, siendo una de las cuatro principales fiestas del año, constituye para los niños la más esperada y alegre, creemos que nuestros infantiles lectores verán con gusto las siguientes noticias históricas:

La fiesta de la Natividad procede del origen de la Iglesia de Occidente, y su fundación se atribuye al Papa Telesforo, que murió en el año 138; pero en aquella época dicha fiesta era la más movable de toda la cristiandad, porque algunas de las iglesias orientales la celebraban en Mayo ó Abril, y otras en Enero. En el siglo IV, el pontífice Julio I, después de una información sobre la época del nacimiento de Cristo, la

fijó en el 25 de Diciembre, sin que la opinión se apoyara en pruebas auténticas.

Durante largo tiempo la fiesta de Navidad y la de la Epifanía se celebraban en el mismo día, hasta que en el año 377 empezó á celebrarse separadamente. Los armenios prosiguieron, no obstante, confundiendo ambas fiestas hasta el siglo XII. La costumbre de celebrar tres misas en aquella solemnidad, una á media noche, otra al rayar el alba y la tercera por la mañana es tan antigua, que ya en el siglo VI se habla de ella. Para dar mayor brillantez á la fiesta se introducían, durante la Edad Media, en los divinos oficios unas especies de misterios en que el pueblo cantaba versos con acompañamiento

del órgano. Pero estos espectáculos, inocentes en un principio, degeneraron pronto en chavacanos, y hubo necesidad de suprimirlos en toda la cristiandad. En algunas iglesias se han conservado, no obstante, algunos restos de la costumbre, siendo nuestra patria la nación en que más han tardado en desaparecer.

En los pueblos del Norte es considerada la Noche-Buena como la fiesta de los niños, por celebrarse el nacimiento del Niño Jesus, Salvador del mundo; y tanto en ellos como en otros pueblos se les reparten premios, en concepto de aguinaldos, para alentar su aplicación y recompensar su buena conducta.

El canto de villancicos es asimismo muy antiguo, consistiendo en poesías referentes al nacimiento de Nuestro Señor. Por desgracia, los buenos poetas cultivan muy poco este género, y no es raro ver extrañada la poesía popular, confundiendo el sagrado misterio de nuestra religión con otros asuntos profanos del peor gusto.

Hijos míos, al celebrar la Noche-buena en el presente año, no olvidéis que la mayor alegría consiste en una buena acción, y ya que la fortuna os ha proporcionado comodidades y cariño, socorred á los indigentes y á los desgraciados.

A. BERRIO Y RANDO.

ORÍGEN DE LOS AGUINALDOS.

Grandes instituciones han perecido, al paso que usos más ó menos frívolos han llegado hasta nosotros atravesando los siglos; para encontrar el tipo primitivo es preciso retroceder hasta la fundación de Roma.

Entre los romanos, los más supersticiosos de todos los pueblos, estas costumbres eran originadas por ideas también supersticiosas. Ovidio pregunta á Jano el objeto de los saludos y favores de las kalendas de Febrero, y le hace responder: «Que los presagios se forman sobre las primeras cosas que se hacen, que se ven ó que se oyen.» En efecto, el primer vuelo del ave y su primer grito eran

consultados por el augur, y por lo mismo creían que el primer día del año los dioses prestaban oído más fácilmente á las plegarias de los hombres.

El Conde de Cailus nos ha conservado dos monumentos curiosos de los votos que los romanos hacían recíprocamente por su felicidad.

Son dos vasitos de tierra cocida: en el primero se lee: «Yo te deseo un año nuevo feliz y afortunado.» Y en el segundo: «Deseo un año nuevo feliz y afortunado á mí y á mi hijo.» Así resulta que en los votos de felicidad los romanos no se olvidaban de sus hijos ni de sí mismos.

A las felicitaciones iban unidas las visitas y los regalos, que consistían en higos, dátiles y miel, que por su dulce sabor son el emblema de la felicidad. Los clientes ofrecían á sus patronos una sencilla moneda de cobre, pero con el tiempo la sustituyó una de oro, y los regalos también se envolvían en láminas doradas.

Estas ofrendas anuales, transmitidas de generación en generación, tuvieron el nombre de *Strenæ*, y Nonio Marcelo refiere la etimología. El primer día del año, que entonces era el primer día de Marzo, Tacio, rey de los sabinos, asociado á Rómulo en el gobierno de la nueva ciudad,

recibió un presente que miró como el agüero más feliz. Eran unos ramos cortados en un bosque consagrado á Strenna, diosa de la fuerza.

Tacio, lisonjeado con este regalo, que su valor y fuerza merecían, quiso que se renovase todos los años, dándole el nombre de *Strenæ* en invocación de la diosa.

Los romanos, persuadidos de que el empleo del primer día del año decidía de todos los demás, no le pasaban enteramente descansando. Los artistas y trabajadores bosquejaban ó emprendían alguna obra, sólo para alejar el presagio de pasar un año en inacción.

J. M. BALLESTEROS.



LAS DOS HUÉRFANAS.



¡ Qué triste es la Noche-buena para estas pobres huérfanas! Tres años hace que se quedaron sin padre y dos que perdieron á su buenisima cariñosa madre. Cuando sus padres vivian, la Noche-buena era época de alegría, de regocijo. Ahora lo que hacen las niñas para consolar su pena, es pasar la Noche-buena rogando á Dios y á la Virgen Santísima por las almas buenas de sus queridos padres que desde el cielo las bendicen.

Niños dichosos, que os veis en estos días acompañados de vuestros padres, pedid á Dios y á la Virgen, la protectora de los niños, que os los conserven largos años y les colmen de felicidades.

Nada más triste, ninguna desgracia más grande que perder á los padres.

EL DICHOSO JUAN.

(Conclusion.)

Juan, desesperado, se tiraba de los pelos.

—¡Quién se lo hubiera figurado! exclamaba. Cierto que la carne de vaca es buena, pero algo insípida. Si al ménos fuera un gorrinillo!..... Con un gorrinillo hay tocino y jamon y embutidos..... como que no tiene desperdicio.

—Pues sólo por complacerte, le interrumpió el carnicero, te cambio mi cerdo por tu vaca.

—Dios premie á V. por su bondad, dijo Juan y entregó su vaca al carnicero. Este puso en tierra el cerdo y entregó á Juan el cordel con que iba sujeto.

Y Juan, pensando en su buena estrella que le hacía salvar todo género de obstáculos, prosiguió alegremente su camino, en el cual encontró al poco rato á un mancebo que conducia al hombro un ganso blanco. Saludáronse afectuosamente y Juan aprovechó el encuentro para referir lo bien que le habia ido en sus cambios. El otro viajero á su vez le contó que llevaba el ganso para un bautizo, y ponderando lo bien cebado del ave, decia con gastronómica satisfaccion:—El que coma de esta pieza se chupará los dedos.

—No lo dudo, repuso Juan tomando en peso al ave; pero mi cerdo no le cede en mérito.

—Sí, sí, dijo el mancebo; pero el asunto de tu cerdo no me parece muy claro, porque en la aldea que acabo de dejar han robado uno al señor Alcalde y me temo mucho que sea el que tú llevas. A estas horas se per-

sigue activamente al ladron y podria costarte la torta un pan si se realizáran mis temores.

—¡Dios mio! exclamaba el pobre Juan. Y ¿qué hacer en este apuro? Si consintieras en cambiarme por el cerdo tu ganso.

—Mucho me expongo; pero no me perdonaria tampoco poder evitarte un disgusto y no hacerlo.

Y cogiendo con presteza el cordel tomó con el cochinito un camino de travesía, miéntras que Juan, libre ya de toda inquietud, seguia para su casa con el ganso debajo del brazo.

—Pensándolo bien, se decia, no he perdido en el cambio: primero, tendré un excelente asado y con la grasa me las compondré durante dos ó tres meses. Esto sin contar con que las plumas me servirán para hacerme una almohada, en la que dormiré tan ricamente. ¡Cuánto se alegrará mi madre!

Al llegar á la aldea más inmediata á la suya, vió á un amolador que cantaba, trabajando al sol:

«Que lllore quien tenga penas
Y no se junte conmigo,
Pues yo no sé lo que es llanto
Y alegre y cantando vivo.»

—Marcha bien el oficio? le preguntó Juan.

—Un buen amolador, contestóle éste, tiene siempre una peseta en el bolsillo. Pero ¿dónde ha comprado V. ese ganso?

—No lo he comprado: lo cambié por un cerdo.

—¿Y el cerdo?

—Me lo dieron por una vaca.

—¿Y la vaca?

—Por un caballo.

—¿Y el caballo?

—Por un lingote de oro, tan gordo como mi cabeza.

¿Y el lingote de oro?

—Era mi salario, por siete años de servicio.

—Veo que no es V. tonto. Ahora falta solamente que encuentre V. el medio de que no le falte nunca dinero en el bolsillo.

—¿Y qué haré para conseguirlo?

—Seguir mi ejemplo: hacerse amolador como yo, y esto es tan sencillo que basta tener un pedazo de piedra de chispa. Precisamente me sobra uno á mí, algo mellado, pero que por eso mismo lo daré muy barato. Por el ganso nada más. ¿Conviene?

—¿Quién pregunta semejante cosa? contestó Juan. Ya soy el mortal mas afortunado de cuantos comen pan.

Cogió la piedra y entregó el ganso.

—Tome V., añadió el amolador, entregándole un guijarro que habia en el suelo: esto se lo doy gratis. Es tan sólido que sirve para enderezar

clavos sin romperse. Llévelo V. con mucho cuidado.

Juan cargó con sus piedras y se marchó con los ojos húmedos por la alegría.

—Resueltamente, iba diciéndose, yo he debido nacer de pié, segun la fortuna con que veo cumplidos todos mis deseos.

Pero como habia hecho una larga jornada, estaba que no podia tenerse de hambre y cansancio. Andaba con dificultad y las piedras le pesaban horriblemente, por lo que empezó á meditar la dicha que tendria si no tuviera que llevar peso alguno. Llegó en esto junto á un manantial, y para que al beber agua no le lastimáran las piedras las colocó en la orilla; pero sin querer las tocó con el pié y las piedras se fueron al fondo del agua. Juan, viéndolas desaparecer, dió un salto de gozo, y llorando de alegría dió gracias á Dios por haberle libertado de cuidados.

—No hay, bajo la capa del cielo, hombre más dichoso que yo.

Y esto diciendo, con el corazon tan ligero como las piernas, siguió en direccion á la casa de su madre.

EL PRIMER PANTALON.

POEMA INFANTIL.

(Continuacion.)

IX.

¿Cómo podré expresar cuánto cariño
La buena hermana emplea
En consolar al niño
Que, mustio, lloriquea,
Sin poder olvidar el incidente
Que surgió de repente

Cuando tranquilo y sin cuidado estaba
Y no se imaginaba, ni por pienso,
Que desgracia tan grande le esperaba?
Miradas de ternura indefinible,
Besos en que palpita amor inmenso,
Amorosos abrazos...
Yo no puedo expresar, es imposible,
El amor infinito, la ternura

De aquella niña buena,
De Dios hermosa predilecta hechura.
Y el ingrato no calla, y la hermanita
Con efusion le besa,
Le acaricia la rubia cabecita,
Y aún de llorar no cesa.

Acudir es preciso en este apuro
Al remedio seguro
Que emplea la hermanita previsora
Cuando el niño se emperrea y llora y llora:
Rompe á llorar tambien muy afligida,
Llora mucho más fuerte



L. Fiedliche

Que su lloron hermano, y de esta suerte
La pena propia olvida
El niño, cesa en su enfadoso llanto
Y la mira suspenso, fijo y grave,
Viendo que llora la que le ama tanto,
Que demasiado sabe
El consentido caprichoso niño
Cuán grande de su hermana es el cariño.
De este modo, al momento
Que no le ve llorar, la niña hermosa,

Loca ya de contento,
Le acaricia risueña, y es dichosa
Al ver que el hermanito se sonrie
Ya tan alegre como si tal cosa.

X.

Pasados cuatro dias
Despues de la tragedia que he contado,
Que interrumpió las dulces alegrías
Del niño caprichoso y tan mimado,

La hermana le presenta
El pantalon flamante
Abierto por detras y por delante,
Y no puede el muchacho darse cuenta
De cómo puede ser que aquella sea

La misma prenda que arrojada al suelo
Fué como cosa sucia, mala y fea,
Y que tan mal olia
Aquel terrible y espantoso dia.
No tiene ni una arruga ni una mancha,



Parece nuevecito enteramente.
Por tanto, es evidente
Que el agua, buen jabon y buena plancha
Este milagro han hecho tan patente.
Miedo le da al chiquillo
Ponerse los funestos pantalones,
Pero al cabo consiente,
Creyendo las razones

Que en lenguaje sencillo
Le da su hermana buena, deseosa
De que lleve una prenda tan hermosa.
— Pero cuidado, dícele, cuidado,
Que si haces lo que hiciste, ten por cierto
Que te dejo en el campo abandonado,
Y viene el coco á merendarse á Alberto.

(Se concluirá.)

LOS TRES LEGADOS.

(Continuacion.)

Una noche me hizo conducir á su palacio, mandó que nos dejáran solos, y luégo me preguntó si me atrevia á cortar y tajar los metales con la misma prontitud que las maderas. Cuando oyó mi respuesta afirmativa me habló así:

«Esta hermosa ciudad fué sumamente estimada por mi ilustre abuelo, que construyó en ella este palacio. Con motivo de una contribucion que le impuso, sus ciudadanos se le rebelaron, arrojaron de su recinto á la guarnicion y se proclamaron independientes. Acudió mi ilustre antecesor á castigar tal rebeldía, con un ejército poderoso; la ciudad le cerró sus puertas y se puso en estado de defensa. Dos meses duró el sitio, al cabo de los cuales los insurrectos se hallaban desalentados, sin esperanza ninguna y casi comiéndose los unos á los otros, porque les faltaban los víveres. Pidieron capitulacion, y mi abuelo, clemente y generoso, tanto como valiente, prometió perdonarles la vida y no consentir que el ejército saqueara la ciudad, si sus habitantes, para recuerdo de su clemencia ofrecian construir una estatua de plata, para la cual cada uno daría tantas libras de plata como fuesen las personas de su casa.

» Consintieron en ello los rebeldes y entregaron la ciudad. Cumpliendo

lo estipulado, sus vidas y haciendas fueron respetadas, los dos castillos y fuertes murallas que defendian la ciudad fueron arrasados, para que otra vez no sirvieran de aliento á la rebellion, y la estatua de plata se fabricó y sirve de adorno al regio salon que sirve para las grandes recepciones: es maciza y pesa cuarenta mil libras próximamente.

» Como es muy posible que mi soberbio primo venga á poner sitio á esta ciudad, y como la falta de las torres y murallas que mi abuelo mandó destruir no la permitirán resistir un asedio, es necesario prever el caso de tener que abandonarla, y yo, ántes que el enemigo llegue, voy á trasladarme á mi capital que me ofrece más segura defensa. Pero es de temer que la codicia de mi primo se excite á vista de la estatua de plata, y tomando por pretexto el que tambien era abuelo suyo el Rey que la hizo construir, aprovechará esa circunstancia para querer apropiarse lo que no es suyo, y si no puede quedarse con la ciudad, porque yo haré todo lo posible por reconquistarla, por lo ménos se quedará con la estatua de plata, pues no es difícil, haciéndola pedazos, hacerla cambiar de domicilio. Para evitar este peligro necesito llevármela en mi retirada; el pensar moverla de su sitio, tal como está, es

de todo punto imposible, pues pesa mil y seiscientas arrobas; y el hacerla pedazos menudos para facilitar el transporte, es obra que por los medios ordinarios necesita más tiempo de el que nos dará el enemigo que se acerca á nuestras puertas: era preciso, además, emplear mucha gente en esta obra, pero como la plata es materia tan pegajosa, no debo de exponerme al peligro de que merme, entregándola á una multitud de operarios. Ahora bien, quiero que vengas conmigo, la veas y me digas en cuanto tiempo te comprometes á cortarla á pedazos de fácil transporte, que no pesen cada uno más de un par de arrobas.

Ofrecí al Rey servirle con la mayor diligencia y él me condujo al gran salon donde la estatua estaba colocada detras del trono. Era una figura colosal, que representaba al heroico antecesor del Rey, vencedor de la ciudad. La medí con la vista, di una vuelta alrededor de ella para hacerme cargo de su anchura y luego dije al Rey:

—Trabajando sin descanso, en dos dias puedo hacerlo ochocientos pedazos como V. M. desea.

Mostró el Rey una gran satisfaccion por la prontitud con que me comprometia á servirle, me ofreció mil pesetas por el trabajo y me rogó que inmediatamente pusiera manos á la obra. Así lo hice por complacerle; no recuerdo haber trabajado nunca con más asiduidad ni con mayor ardor que en los dos dias que necesité para aserrar en ochocientos pe-

dazos la colosal estatua de plata; aún á mí me parecia imposible, despues de haber dado término á mi empresa, haberla realizado en tan breve plazo. La verdad es que mis brazos quedaron rendidos despues de un trabajo tan continuado. El Rey tenía buen cuidado de encerrarme con llave en el gran salon miéntras me ocupaba en aquella tarea; él mismo venía á abrirme la puerta á la hora del mediodía, para que saliera á comer, y cuando llegaba la noche para que pudiera dormir y descansar, y tal era su desconfianza que me hacía registrar, á su vista, por uno de los criados de su mayor confianza, receloso sin duda de que me llevase oculto entre la ropa algun trozo del precioso metal de su estatua. Esto me disgustó profundamente, pues ni remotamente se me habia pasado por la imaginacion cometer una accion tan fea.

Al segundo dia en que trabajaba yo en mi obra, los temores que en la ciudad se abrigaban vinieron á realizarse; el ejército enemigo llegó á dar vista á la ciudad y principió sus preparativos para el asedio; por su parte los defensores se aprestaron á la resistencia. El general en jefe apremiaba al Rey para que abandonára la ciudad cuya defensa no prometia los mejores resultados y corriera á encerrarse en su capital, que estaba perfectamenta fortificada y que además era un puerto de mar con algunos buques de guerra que facilitaban mucho la defensa; el Rey, sin embargo, no consentia en abandonar su

preciosa estatua, y sin llevarla por delante no habia que pensar en que emprendiera la retirada.

Por fin todo lo dispuso á su gusto; los pedazos de la estatua, bien liados con telas bastas, fueron reparitados entre doscientas caballerías fuertes y robustas, cada una de las cuales llevaba sobre sus lomos ocho arrobas de plata, á cada bagaje acompañaba un soldado y una numerosa escolta á vanguardia y á retaguardia protegía el convoy. El Rey seguía inmediatamente detras de los doscientos bagajes; iba á caballo y le rodeaba su mejor tropa de caballería. Yo formaba parte de su séquito y me habian dado un buen caballo. El numeroso convoy salió de la ciudad muy de madrugada y por la parte opuesta de aquella en que el enemigo habia sentado sus reales; no habia tiempo que perder, pues amenazaban cercar la ciudad por todos sus costados y coger todas sus avenidas para estrechar el asedio.

Con la mayor cautela se emprendió la marcha, mientras los defensores de la ciudad, para distraer al enemigo y favorecer nuestra retirada, intentaban un ataque contra los sitiadores por el costado opuesto al camino que nosotros seguíamos. La fortuna, sin embargo, fué adversa al Rey en aquellas circunstancias. Apenas nos habiamos alejado de la ciudad una media legua tropezamos con un cuerpo de ejército de los enemigos, que venía á situarse por aquel lado, tal vez con la intencion de estorbar la huida del Rey, que por los espías

sabrian que estaba en la ciudad. Nuestras avanzadas se encontraron con las contrarias y se trabó una pelea que bien pronto se generalizó; el convoy fué envuelto por todos lados, pues la tropa enemiga era muy superior en número y en fuerzas á la que nos acompañaba. Si el Rey hubiera emprendido su viaje veinte y cuatro horas más pronto, mientras aguardaba á que yo acabase de hacer pedazos la estatua, no hubiera corrido aquel riesgo y habria llegado sin dificultad á su capital.

Entre nuestra escolta y las fuerzas enemigas se trabó un combate desesperado; los doscientos bagajes que conducian la plata fueron colocados en el centro, y al lado de ellos, sin perderlos de vista, se encontraba el Rey con su servidumbre. A pesar de que nuestros soldados se defendieron con gran coraje fueron arrollados al cabo de una hora de combate, pues los enemigos eran mucho más numerosos y ademas no llevaban convoy que pudiera embarazarlos. Las tropas del Rey se dejaron acuchillar sin retroceder, haciendo una defensa desesperada; los que no murieron á manos del enemigo ó no cayeron heridos fueron hechos prisioneros; algunos, muy pocos, y cuando ya no habia defensa posible, buscaron su salvacion en la huida. El Rey no consintió apartarse de sus tesoros y permaneció á caballo delante de los bagajes que conducian el metal precioso. En medio de la confusion y cuando los enemigos se arrojaron sobre su presa, el desdichado príncipe

cayó herido de una lanzada y allí en medio de sus tesoros, viéndolos en poder ya del enemigo, exhaló el último aliento, cubriendo con su cuerpo uno de los fardos de plata que había también caído al suelo por haber sido muerto el caballo que lo llevaba. ¡Ejemplo lastimoso del castigo que Dios impone muchas veces á la sordida avaricia!

Yo, que no tenía tesoro ninguno que defender y que me hallaba con un buen caballo, pude, á favor de la confusión general, huir como algunos otros y verme después de una precipitada carrera lejos del campo de batalla y fuera del alcance de los enemigos, que, entretenidos en apoderarse del rico botín, no se ocuparon en perseguir á los pocos dispersos que como yo lograron escaparse.

Cuando ya me creí en salvo me detuve para dar un momento de reposo á mi caballo y pensar entre tanto qué camino debía tomar. Lo único que resolví, por de pronto, fué apartarme cuanto pudiera de la ciudad y de aquel país desventurado sumido en los horrores de la guerra. Seguí, pues, á la ventura el primer camino que quiso tomar mi caballo en dirección opuesta á la ciudad, cuyas torres se dibujaban en el horizonte; aquella noche dormí en un rancho de pastores, y el sosiego y la tranquilidad en que vivían aquellos hijos del campo ofrecieron á mi vista el más halagüeño contraste con la angustiosa é insegura existencia que en medio de sus suntuosos palacios arrastraban los habitantes de la corte.

Resolví quedarme á vivir entre el silencio de los montes. Estos ocupaban una gran extensión y eran espesos y enmarañados; la casualidad de haberme encontrado al día siguiente en una quintería próxima, con el administrador de aquella propiedad rural, me sugirió el pensamiento de dedicarme á una industria que esperaba me fuese lucrativa. Como había traído de la ciudad algún dinero, ajusté con aquel administrador la explotación de un pedazo del monte, para fabricar carbón. Cuatro campesinos fornidos, á quienes tomé á salario, se comprometieron á ayudarme en mis trabajos. Con ramaje y hierbas construimos una espaciosa barraca que nos protegiera contra las inclemencias del cielo; después emprendimos nuestras campestres tareas. Yo cortaba los brazos de las robustas encinas, haciendo grandes montones de leña que luego mis peoneros recogían en grandes piras á las que pegaban fuego y cubrían después de tierra para que resultara un excelente carbón. Traficantes dedicados á esta industria venían luego con sus recuas de machos y pollinos y me compraban el carbón para llevarlo á vender á una ciudad distante de allí algunas leguas.

Como lo que hace el mayor coste del carboneo son los jornales para cortar la leña y este trabajo lo hacía yo solo con la mayor facilidad, cortando cada día más leña de la que hubieran derribado veinte leñadores, sin que esto me produjera fatiga alguna, comprenderéis fácilmente que

mi modesta especulacion me diera grandes rendimientos, pues el jornal que yo ganaba excedia al que hubieran podido ganar veinte peoneros. Mis gastos ademas eran reducidísimos, y aunque me hubiera propuesto que fueran mayores no lo hubiera conseguido en aquellas selvas. Allí sólo necesitaba para mi manutencion pan ordinario, el único que en el país se gastaba, leche y queso que los pastores me daban por una insignificante cantidad, algunas legumbres, algun cordero ó cabrito con que nos regalábamos todas las noches mis carboneros y yo, y la caza que el monte nos daba sin fatiga alguna; el triscador conejo, la delicada pendiz, la chocha mantecosa, la paloma torcaz, honraban diariamente nuestros modestos banquetes, con alguno que otro marranillo que los pastores nos regalaban y que asábamos en medio de las ascuas.

Mi caballo, que siempre á nuestra vista pacia por el monte, habíase hecho manso como un corderillo y me servia para bajar los dias de fiesta á las aldeas inmediatas; hospedábame en casa de cualquier aldeano, cuya franca amistad habia alcanzado con el continuo trato, y pasaba la tarde presenciando los sencillos bailes de las doncellas del país, que solian reunirse en algun florido prado ó al rededor de un árbol corpulento.

Con este sistema de vida y sin dejar mi trabajo, á los pocos meses podia considerarme como rico, y lo era en realidad con relacion á las humildes aspiraciones de la gente del país.

En mis excursiones á la más pintoresca de las aldeas inmediatas, tuve ocasion de tratar y apreciar á un anciano labrador que era el dechado de la honradez, de la laboriosidad y de todas las virtudes que pueden adornar al modesto campesino. No era rico, pero vivia desahogadamente cultivando una pequeña propiedad comprada con el fruto de sus economías. Pero la más preciosa joya de su casa, la que tenía un valor inestimable era una hija, la única que Dios le habia dado y que á una hermosura extremada reunia todas las virtudes que puede atesorar una honrada doncella, las que no me detendré á enumerar por temor de lastimar su modestia, que con ser tan grande es la más pequeña de cuantas virtudes posee. Y no digo más de esto, porque veo que el rostro de mi encantadora Eloisa, que teneis presente, se cubre de encendido rubor. Su belleza, que no necesito encarecer puesto que á la vista la teneis todos, y todas las nobles prendas que en su alma descubrí á poco que la traté, cautivaron mi corazon y me hicieron pensar en la inefable dicha que proporcionaria la dulce posesion de tan bellísima esposa. Tuve la fortuna, que para mí ha sido la mayor de cuantas he encontrado en este mundo, de que el tierno afecto que la demostré encontrára en su pecho correspondencia, y resolví pedir su mano al honrado labrador, con la esperanza de que no me la negaria.

En efecto, luégo que el padre supo

mis honrados propósitos me dijo que se consideraría feliz entregando la mano de su hija á un esposo tan digno de ella, y de comun acuerdo fijamos para el casamiento un plazo, que aunque no lejano, todavía parecía eterno á mi amoroso corazón; me conformé, sin embargo, y esperé con la dulce tranquilidad del que confía en alcanzar lo que desea.

Trabajaba yo un día en el monte, ocupado en cortar una encina añosa cuyo tronco carcomido daba testimonio de su vejez. Estaba hueca por dentro, agujereada por varias partes su corteza, y esta circunstancia la hacía útil solamente para el destino que yo iba á darle. Cuando el añoso tronco, fácilmente cortado por mi sierra, cayó al suelo me quedé sorprendido. De su hueco salió un chorro de monedas de oro que las manos de algún avaro habían escondido allí, sabe Dios cuándo. Las recogí y amontoné en el suelo y vi que formaban una respetable cantidad, una rica fortuna. Pero bien pronto pensé que aquello no me pertenecía; aunque no había allí escrito ni indicación alguna que sirviera de indicio para descubrir quién podía ser el dueño de aquella riqueza, yo reflexioné que á falta de otro dueño más legítimo aquello debía pertenecer al propietario del monte, y por consiguiente de la encina donde la había encontrado. «Yo solo he adquirido, me dije, el aprovechamiento de la leña, pero este oro no es combustible apropiado para hacer mi carbon y debo, por lo tanto, entregárselo al propietario del

monte. Recogí todo aquel dinero en el hueco que había dejado el tronco al caer, lo cubrí luego con tierra, y tomando mi caballo marché inmediatamente en busca del administrador con quien yo había celebrado mi contrato y cuya quinta no estaba lejos de allí.

Casualmente me encontré cuando llegué á la quinta con que el dueño de los montes, que á la sazón cazaba en ellos, estaba allí. Referí mi hallazgo al mayordomo y éste me llevó á presencia de su amo, á quien hice el mismo relato, invitándole á que mandase recoger lo que en mi concepto le pertenecía. Asombrado se quedó al oír mi sencilla narración, y luego que hube concluido me dijo:

—Vuestra honrada delicadeza, ¡oh amigo mio! os ha hecho incurrir en un palpable error. Esa encina, que en efecto era mía, si vos no la hubierais cortado para aprovechar su leña, después de habérmela pagado, hubiera permanecido en el mismo estado ocultando codiciosamente su tesoro. Yo al ménos no hubiera tomado un hacha para ir á cortarla, y por lo mismo no hubiera tenido ocasión de tropezar con el tesoro. No se os ocultará, pues, que éste hubiera permanecido allí escondido sin aprovechar ni á mí ni á nadie, hasta que otro hubiera llegado á cortar la encina, lo cual lo mismo pudiera haber sucedido mañana que de aquí á cien años. Infiero de todo esto que ese dinero que decis estaba allí guardado por la Providencia para el que tuviera la fortuna de cortar la enci-

na y no para otro, pues sin cortarla primero, el dinero no podia salir; vos habeis sido ese afortunado mortal, luego para vos reservaba Dios el tesoro. Aprovechaos de él, que á manos más ociosas pudiera haber llegado, pero á otras más honradas ni más dignas, lo dificulto.

Tan noble desprendimiento no pudo ménos de admirarme y conmovirme, y entónces me convencí de que entre los potentados del mundo, lo mismo que entre los humildes campesinos, podian hallarse almas elevadas y corazones nobles.

Ya no tuve repugnancia en conser-

var para mí aquel dinero por tan maravillosa manera adquirido; dí cuenta de mi aventura al padre de Eloisa, que no pudo por ménos de aprobar mi conducta en aquella ocasion.— Gracias á tu honrado desinterés, dando cuenta de tu hallazgo al que considerabas dueño legítimo de ese dinero, me dijo, ya puedes disfrutar sin el más leve escozor ni remordimiento lo que en otro caso no pudieras haber considerado adquisicion honrosa y legítima.

(Se continuará.)

PEDRO DOMINGO MONTES.



ADVERTENCIA.

En el número próximo concluye el poema de *El primer pantalon*. Historias tan bonitas como ésta y como la de *Rosita*, con preciosísimas viñetas, tenemos preparadas para el tomo XIII de Los NIÑOS que comenzará en Enero; pero como todas estas láminas nos cuestan mucho, necesitamos que nuestros queridos suscritores no nos abandonen, y que renueven su abono por el año próximo, y sean propagadores de esta publicacion entre sus amigos, para aumentar el número de suscripciones.

Esta Navidad les obsequiarán sus papás y sus mamás; pídanles que entre los obsequios que les hagan sea uno la renovacion del abono á Los NIÑOS.

Suplicamos á los abonados de fuera de Madrid nos envíen la renovacion á la mayor brevedad.

A los de Madrid se les pasarán los recibos á domicilio el 1.º de Enero.